

Inscribir el pasado en el presente: memoria y espacio urbano

*Estela Schindel**

Resumen

El artículo se ocupa de los llamados “lugares de memoria” como espacio privilegiado de disputa por la construcción de memorias colectivas en las sociedades latinoamericanas afectadas por dictaduras o conflictos armados internos. Esto se expone mediante tres tipos de lugares de memoria: “sitios testimoniales”; monumentos, museos y memoriales; y estrategias locales, descentralizadas y/o performativas de marcación de la memoria en el espacio. Éstos se analizan en función de los actores, destinatarios, contenidos y medios involucrados. En el contexto de una “globalización de la memoria” se plantea la pregunta por la existencia de un lenguaje latinoamericano de la memoria.

Palabras clave: memoria, historia, cultura, espacio urbano, arte.

Abstract

This work deals with the “memory places” as a privileged space of construction of collective memories in Latin American societies affected by dictatorships or inner armed conflicts. This is exposed through three different types of memory places: “testimonial sites”; monuments, museums and memorials; and local, decentralized, performative practices of inscribing the memories in the public space. These are analyzed regarding issues such as the actors, addressees, contents and means involved in each case. In the context of what some authors call the “globalization of memory” the question about the existence of a specific Latinamerican language of memory is posed.

Key words: memory, history, culture, urban space, art.

Artículo recibido el 06-01-09

Artículo aceptado el 12-05-09

* Docente en el Instituto Latinoamericano de la Universidad Libre de Berlín, Alemania.
Correo electrónico: schindel@zedat.fu-berlin.de.

Las dictaduras y guerras internas en las sociedades latinoamericanas han atravesado diversas etapas y se han desplegado en frentes variados. Desde las transiciones democráticas o el fin de los conflictos armados, sucesivas “capas” de memoria se han ido sucediendo y los relatos sobre la experiencia de violencia se han hecho más complejos, ampliando el espectro de voces y de modos con que se nombra el pasado.

Los actores sociales que han asumido la construcción de una memoria colectiva han adoptado estrategias variadas y lo han hecho en diversos frentes, los cuales incluyen la búsqueda de la verdad –y de los restos de las víctimas en el caso de los “desaparecidos”–, los intentos de llevar a los tribunales a los responsables de los crímenes, la creación de espacios de asistencia y contención a las víctimas y los esfuerzos por ampliar la conciencia social sobre el tema. Estos procesos van acompañados de una creciente producción testimonial y académica, que a la vez que amplía el conocimiento sobre el pasado propone una reflexión sobre el ejercicio mismo de la memoria. Así, por ejemplo, el énfasis en la oposición “memoria” frente a “olvido” que predominó en los países del cono sur durante los primeros años de democracia dio lugar, ante la proliferación de actores y versiones que se suman al debate, a discursos que asumen en cambio la existencia de memorias plurales, cada una de las cuales contiene alguna forma de “olvido”, y que disputan entre sí por el relato hegemónico del pasado.¹

Uno de los ámbitos en que se despliegan esas memorias y en el que compiten por la preeminencia de sus respectivas versión y valoración del pasado es el de su inscripción, señalamiento o marcación territorial. La instalación de monumentos, placas o recordatorios, así como el tratamiento que se da a los sitios que fueron escenario de la violencia, son un modo en que se ejercen y plasman las memorias así como los conflictos asociados a ellas.

En esas prácticas cristalizan los modos que se va dando la sociedad de recordar y elaborar el pasado, combinando la necesidad privada e individual de homenajear a las víctimas con la aspiración colectiva de narrar la historia y plasmarla en el espacio público. Estos esfuerzos pueden definirse como procesos de “memorialización” y como tales deben distinguirse del simple

¹ Elizabeth Jelin, *Los trabajos de la memoria*, Madrid, Siglo XXI Editores, 2002.

ejercicio de la memoria: la facultad psíquica de recordar. La memorialización implica un impulso activo y una voluntad de incidencia política y a diferencia de la memoria –acto que puede ser privado– integra lo que Hannah Arendt denomina “el ámbito de la acción”: iniciativas que ponen algo en movimiento en la esfera pública y cuyos efectos, impredecibles e irreversibles, crean las condiciones para la historia futura.² Eso diferencia a las prácticas que se exponen aquí de la ya clásica noción de “lugares de memoria” elaborada por Pierre Nora.³ Sus *lieux de memoire* (que incluyen pero a la vez exceden los lugares físicos, como museos y monumentos) fueron pensados de modo casi inextricable al contexto francés –o en todo caso europeo– y se apoyan en la existencia de tradiciones de memoria estables y de larga duración, sedimentadas en el transcurso de sucesivas capas de representaciones pasadas. En el caso de los países latinoamericanos analizados aquí, que conocen tradiciones históricas e historiográficas muy distintas a las de Francia, el ímpetu por crear lugares consagrados a la memoria mantiene aún cierta cualidad urgente de denuncia o advertencia, y se propone incidir sobre las respectivas democracias en un gesto que surge del pasado pero se orienta al presente y el futuro.

Si, como afirma Bronislaw Baczko, toda ciudad es, entre otras cosas, una proyección de los imaginarios sociales sobre el espacio,⁴ las marcas que los esfuerzos de memorialización estampan en la superficie urbana componen un texto privilegiado donde se leen las valoraciones e interpretaciones colectivas de las memorias. En su modo de desplegarse en el espacio puede detectarse el grado de consenso o conflicto que subyace a los relatos sobre el pasado así como las tensiones que atraviesan el presente. Éstos se ponen en juego no sólo en las posiciones y discusiones que atañen a los objetos destinados a la conmemoración y el recuerdo sino también, o sobre todo, en las prácticas asociadas a esos objetos o sitios del recuerdo, trátense de una plaza, una calle, un monumento o un antiguo sitio de ejecución o centro de detención y/o tortura. Este trabajo plantea algunas cuestiones que se refieren a las políticas, los objetivos y los potenciales de los sitios de memoria. En la medida en que éstos se consoliden y aumente su recepción en la sociedad, la observación y el análisis de los usos políticos y sociales de esos espacios

² Hannah Arendt, *La condición humana*, Barcelona, Paidós, 1998 (1958), y “Labor, trabajo, acción. Una conferencia” (orig. 1957), en *De la historia a la acción* (traducción de Manuel Cruz), Barcelona, Paidós, 1998, pp. 89-107.

³ Véase Pierre Nora, “Between Memory and History: Les lieux de mémoire”, *Representations*, núm. 26, 1989, pp. 7-25, y “La aventura de Les Lieux de mémoire”, *Memoria e Historia*, Josefina Cuesta Bustillo (ed.), Madrid, Marcial Pons, 1998, pp. 17-34.

⁴ Bronislaw Baczko, *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1991.

iluminará nuevos aspectos de estos procesos y permitirá acaso ensayar respuestas a los interrogantes que se formulan aquí.

POSIBILIDADES Y LÍMITES DE LA “MEMORIALIZACIÓN”

En los últimos años, las discusiones alrededor de la memorialización del pasado violento han ganado centralidad no sólo en América Latina sino también en países y continentes de todo el mundo en que ha habido violaciones masivas de los derechos humanos. Hasta ahora se ha prestado poca atención a este aspecto de la elaboración de los pasados violentos, tal vez por percibirse como ajeno a los procesos políticos transicionales, en tanto parte de la esfera cultural “blanda”. Aunque no reemplaza la búsqueda de verdad, justicia y reparación, la construcción de memoriales y sitios consagrados al recuerdo puede sin embargo desempeñar un papel relevante acompañando y complementando esos reclamos.⁵

Los informes de las comisiones de la verdad de Perú, Paraguay, El Salvador y Guatemala incluyen entre sus recomendaciones el emplazamiento de monumentos, placas u otros homenajes en recuerdo de los muertos o desaparecidos por la dictadura o conflicto armado. También numerosas sentencias emitidas por la Corte Interamericana de Derechos Humanos estipulan medidas de “reparación simbólica” a las víctimas que incluyen la realización de homenajes, ceremonias y/o memoriales. Más allá de esta dimensión de reconocimiento oficial hacia sobrevivientes y allegados que suponen, se adjudica a estas iniciativas un potencial para estimular el compromiso civil en el contexto de la llamada “justicia transicional” y contribuir así a la reconstrucción democrática de las sociedades afectadas por violaciones masivas de los derechos humanos (sin menoscabar sino complementando y potenciando esfuerzos hechos en otros ámbitos). Actores provenientes de la sociedad civil, sin embargo, temen que una tendencia excesiva a la memorialización pueda paradójicamente obturar el acceso al pasado, “cosificando” o congelando una versión determinada de los hechos.

Las experiencias relativas a la memoria espacial muestran tanto problemáticas comunes a los diversos países latinoamericanos como conflictos específicos vinculados en cada caso a la historia y la política locales. Más

⁵ Sebastian Brett, Louis Bickford, Marcela Ríos Tobar y Liz Ševeenko, *Memorialization and Democracy: State Policy and Civic Action*, Informe de la conferencia realizada en junio de 2007 en Santiago de Chile y organizada por Flacso-Chile, el International Center for Transitional Justice y la Coalición Internacional de Museos de Conciencia en Sitios Históricos [http://issuu.com/flacso.chile/docs/memorialization_democracy]. Fecha de consulta 4 de enero de 2009.

allá de las grandes diferencias históricas entre los procesos de violencia o dictatoriales atravesados por las regiones centroamericana, andina y del cono sur —y de cada uno de los países en ellas— puede formularse una serie de cuestiones que atañen de uno u otro modo a todos ellos.

¿Cómo plasmar en el espacio memorias cuyo contenido no termina de definirse y cuya interpretación sigue siendo materia de disputa en el presente? La acción de fijar el recuerdo mediante monumentos o inscripciones supone un afán definitivo que a menudo entra en conflicto con una historia que para algunos actores continúa estando viva y no puede, todavía, “sellarse” en verdades últimas.

¿Quiénes son los portadores “legítimos” de la memoria? ¿Cómo interactúan los distintos actores sociales en la gestión del pasado? Estas preguntas se plantean ante todo con respecto a la relación entre las organizaciones civiles, como los organismos de derechos humanos y las asociaciones de víctimas, y el Estado, cuya participación en los emprendimientos de memoria presenta aspectos paradójicos. El trabajo mixto entre ambas instancias enfrenta el desafío de hacer coincidir expectativas individuales con aspiraciones colectivas y políticas estatales, especialmente difíciles en contextos de inestabilidad o falta de continuidad, previsibilidad y/o planificación por parte de los gobiernos. A esto se añade la pregunta por los actores llamados a definir el contenido del recuerdo. Asociadas a los sitios de memoria coexisten narrativas plurales para dar cuenta del pasado a recordar, y esas versiones diversas compiten entre sí a la hora de establecer o, en el mejor de los casos, consensuar qué y cómo relatar del pasado.

¿Cuál es el lenguaje apropiado para expresar la memoria del horror en la ciudad? Esta pregunta concierne tanto a la dificultad de representar las experiencias extremas del horror como al desafío adicional planteado en los casos en que ha habido desapariciones, debido a la falta de anclaje o referente material para el duelo que implica la figura del “desaparecido”. La diferencia entre desaparecido y muerto hace difícil asimilar los homenajes a los rituales mortuorios conocidos y hacen aún más compleja la fijación de memorias *definitivas*.

En el modo de dirimirse estas cuestiones se pone en juego la multiplicidad de sentidos que actores diversos otorgan a los espacios en función de sus memorias: se trata de procesos que implican luchas sociales y, aunque disputan significados ligados al pasado, suponen sujetos activos en el escenario político del presente.⁶ Los modos en que se expresan estas cuestiones en

⁶ Elizabeth Jelin y Virginia Langland, “Introducción. Las marcas territoriales como nexo entre pasado y presente”, en E. Jelin y V. Langland (comps.), *Monumentos, memoriales y marcas territoriales*, Madrid, Siglo XXI Editores, 2003, pp. 1-18.

cada país ponen de manifiesto en el espacio los valores y conflictos asociados al pasado que se ponen en juego en cada sociedad. En sus manifestaciones espaciales, así como en las discusiones alrededor de las mismas, es posible a la vez leer el *estado de la memoria* en una sociedad dada y los actores, conflictos y aspiraciones que la animan. Aquí se propone un recorrido por algunos sitios de memoria del cono sur latinoamericano a fin de observar, más detalladamente, cómo se plantean en casos particulares las cuestiones mencionadas. El recorrido no se pretende exhaustivo ni incluye la totalidad de iniciativas vinculadas a la memoria urbana existentes en esos países, cuya pluralidad y dinamismo hace difícil de cartografiar. Se exponen en cambio una serie de ejemplos emblemáticos que permiten analizar los problemas mencionados. La pregunta que subyace a toda la exposición es si es posible identificar elementos que contribuyan a la emergencia de un *lenguaje espacial de la memoria* en América Latina.

SITIOS TESTIMONIALES: ENTRE LA EVOCACIÓN Y EL ESPANTO

¿Qué ocurre con los lugares que fueron sede de crímenes humanitarios y violaciones de los derechos humanos cuando estas circunstancias han terminado?, ¿qué hacer con estos sitios “testimoniales”?, ¿deben emplearse sólo para conmemorar a las víctimas?, ¿tienen un valor pedagógico del que puede beneficiarse el conjunto de la sociedad?, ¿quién decide sobre ello? Ante la existencia de antiguos centros clandestinos de detención y tortura, visibles o no, insertos en la trama urbana, las sociedades latinoamericanas afectadas por la violencia enfrentan el desafío de responder a estas cuestiones prestando atención a las dimensiones múltiples que poseen estos lugares. Ellos presentan simultáneamente un valor jurídico-documental, un significado afectivo, un capital político y un potencial pedagógico. En la mayor parte de los casos, la principal dificultad consiste aún en la recuperación material de estos lugares, a menudo todavía en manos de fuerzas policiales o militares.

Dos experiencias significativas donde se ha logrado destinar lugares así a la memoria colectiva son los ex centros de detención y tortura de la Villa Grimaldi, en Santiago de Chile, y la ex Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA), en Buenos Aires. En ambos casos se pone de manifiesto el papel decisivo desempeñado por actores de la sociedad civil en el impulso para recuperar estos lugares así como la importancia de aprovechar las coyunturas y alianzas favorables que permitan el apoyo del Estado o, al menos, de sectores del mismo. Ambos desarrollos muestran también, sin embargo, que con la recuperación material del sitio no culmina sino que en cierto modo

comienza recién el desafío mayor de refrendar con un relato la memoria adosada al lugar.

El Parque por la Paz Villa Grimaldi, en Santiago de Chile, es uno de los más importantes “sitios de memoria” del cono sur y testimonio de cómo un lugar que fue sede de crímenes atroces fue recuperado por el impulso de la sociedad civil.⁷ El lugar había sido vendido en 1987 a una empresa constructora que se proponía construir allí un moderno complejo de condominios. Ésta ya había comenzado a dinamitarlo a fin de borrar todo rastro del antiguo centro de torturas pero la obra pudo ser frenada y el lugar rescatado gracias a un activo movimiento ciudadano. Éste estuvo integrado por familiares de detenidos, sobrevivientes, organizaciones vecinales, voces ligadas a la Iglesia católica, organizaciones de derechos humanos y personalidades de la cultura y la política. La Comisión de Derechos Humanos de la Cámara de Diputados chilena así como el entonces ministro de Urbanismo y Vivienda avalaron el proyecto en algunas fases clave, mostrando cómo en circunstancias críticas una iniciativa impulsada por la sociedad civil se puede beneficiar por el apoyo de instancias estatales.

La iniciativa civil permitió salvar los rastros físicos que aún no habían sido destruidos, preservando las pocas evidencias de los crímenes que todavía permanecían en pie. Nelly Richard señala que el rescate del lugar permitió también sentar una posición de compromiso con el pasado y a la vez oponer la lógica de *pérdidas* implícita en la memoria al paisaje orientado a las ganancias proclamado por las economías de lo rentable.⁸ El lugar fue abierto al público en 1994, inaugurado como Parque por la Paz en 1997 y en 2004 declarado Monumento Histórico Nacional. Este nombramiento, además de refrendar el reconocimiento oficial del Estado chileno a la memoria histórica del sitio (donde había estado cautiva la actual presidenta chilena, Michelle Bachelet), le brinda una protección legal a largo plazo en el caso eventual de que un futuro gobierno, contrario a las políticas de memoria, intente modificarlo.

⁷ Se trata de una antigua mansión rodeada de un gran parque que entre 1974 y 1978, bajo jurisdicción de la Dirección de Inteligencia chilena (DINA) y con el nombre de “Cuartel Terranova” funcionó como un centro de detención y tortura. Se estima que por él pasaron 5 mil personas, de las cuales 225 continúan desaparecidas. Véase, por ejemplo, Mario Aguilar, “El muro de los nombres de Villa Grimaldi (Chile): exploraciones sobre la memoria, el silencio y la voz de la historia”, *European Review of Latin American and Caribbean Studies*, núm. 69, 2000, pp. 81-88.

⁸ Nelly Richard, “Sitios de la memoria, vaciamiento del recuerdo”, *Revista de Crítica Cultural*, núm. 23, 2001, pp. 10-13. Richard agrega que la tendencia a desalojar de la ciudad todo vestigio del pasado se había manifestado ya con la Cárcel Pública, convertida en ministerio, y el antiguo campo de prisioneros de Pisagua, devenido hostería de turismo.

En el caso de la ESMA, en Buenos Aires, sobrevivientes y familiares de prisioneros que habían estado cautivos allí reclamaron públicamente durante años la recuperación del sitio para la sociedad civil y su consagración a la memoria de lo ocurrido.⁹ El ex presidente Carlos Menem, impulsor de una política de supuesta “pacificación”, propuso en cambio en 1988 derribar el edificio. En su lugar se erigiría un “Parque de la unión y la reconciliación nacional” donde sólo flamearía la bandera argentina. La propuesta fue criticada por los organismos de familiares e impedida por orden de un juez, que consideró al edificio “patrimonio cultural” del país. Al igual que el intento de demoler y arrasar la Villa Grimaldi en Chile, el gesto de Menem puso de manifiesto el conflicto entre las políticas que proponen “barrer” las huellas materiales de la historia traumática y los esfuerzos civiles por señalar esos rastros y destacar su sentido.

Finalmente, en 2004, el presidente Néstor Kirchner cedió a los organismos de derechos humanos no sólo el lugar, a fin de que sea dedicado a la promoción de la memoria y los derechos humanos, sino también la responsabilidad de decidir cómo implementar ese espacio, en un predio que abarca 17 hectáreas y contiene 34 edificios. Éstos fueron desalojados totalmente por la marina en 2007 y la comisión mixta encargada de la administración del sitio quedó a cargo de decidir su futuro, y por lo tanto de concertar las diversas necesidades y aspiraciones en torno a él. Mientras que para algunos sectores de sobrevivientes y familiares de prisioneros se trata de un sitio sagrado que no debe modificarse, preservando ante todo su carácter testimonial, otros actores involucrados prefieren destacar su valor como símbolo político y/o destacar sus posibilidades pedagógicas convirtiéndolo en un museo. Lila Pastoriza advierte al respecto que la conversión del predio total en “un sitio de recuerdo y luto escenificado por la reconstrucción física puntual, ‘mimética’”, plantea una limitación. La autora inquiere si alcanza acaso con visitar un sitio testimonial para “entender lo ocurrido” puesto que si bien el sitio en sí mismo cumple una función testimonial “intransferible” en la evidencia de los crímenes cometidos, también su potencial de transmisión es enorme y debe aprovecharse no sacralizando y clausurando sino habilitando vías para la investigación, documentación, interrogación y reflexión así como motivando el diálogo intra e intergeneracional sobre lo ocurrido.¹⁰ La discusión, en

⁹ Ubicada sobre una gran avenida de Buenos Aires, la ESMA albergó entre 1976 y 1983 uno de los mayores centros clandestinos de detención y tortura argentinos. Se calcula que 5 mil prisioneros fueron detenidos y torturados ahí antes de ser asesinados, en la mayoría de los casos arrojados vivos al mar.

¹⁰ Lila Pastoriza, “La memoria como política pública: los ejes de la discusión”, en Marcelo Brodsky (coord.), *Memoria en construcción. El debate sobre la ESMA*, Buenos Aires, La Marca Editora, 2005, pp. 85-94.

última instancia, atañe a la cuestión de quiénes son los actores “legítimos” a la hora de tomar esas decisiones (¿los sobrevivientes, los familiares, el Estado, la sociedad civil?), quiénes los destinatarios del emprendimiento de memoria (¿los mismos familiares y sobrevivientes –para sus homenajes particulares–, el resto de la sociedad, las futuras generaciones?) y si es posible hallar acuerdos en el marco de esa diversidad.

LA DIFÍCIL BÚSQUEDA DE UNA NARRACIÓN CONSENSUADA

La decisión de convertir a la Villa Grimaldi y a la ESMA en sitios de memoria no significó que hubiera un entendimiento inmediato entre los diversos actores involucrados en cada caso acerca de qué narrar en su interior y cómo hacerlo. En Santiago de Chile, la transformación del ex Cuartel Terranova en el Parque por la Paz dio lugar a intensos debates acerca de la política a seguir con el sitio. Puesto que la mayoría de las instalaciones empleadas durante su uso como centro de torturas habían sido demolidas, las opciones a seguir eran: mantener el parque y sus edificaciones en el estado en que se encontraban en el momento de su recuperación, reconstruir las instalaciones del antiguo centro de tortura para mostrarlas tal como eran cuando funcionaban como tales, o bien convertirlo en memorial incorporando nuevos elementos.

El diseño finalmente elegido se basó en esta última opción y consistió en gran parte en una reinterpretación simbólica del lugar con la intención de convertirlo en un espacio de recogimiento espiritual que evoque no sólo el pasado reciente de Chile sino el dolor humano en forma más amplia, como denuncia permanente del horror. De las instalaciones originales sólo fueron reconstruidos algunos sitios de encarcelamiento, de acuerdo con el testimonio proporcionado por sobrevivientes. El resto del parque aglutina diversos elementos simbólicos: los caminos que lo atraviesan forman una “x” que puede leerse tanto como representación religiosa de la cruz como de la incógnita dejada por el destino de los desaparecidos y en el cruce de los senderos una fuente evoca la fluidez de la vida, mientras la iluminación difusa propone recrear la idea de un “velorio permanente”.

El mensaje de reconciliación y redención propuesto por el diseño, sin embargo, mantiene una relación paradójica con la historia de crímenes atroces que el sitio quiere “testimoniar”. Así, la fuente de agua cristalina destinada a sugerir la continuidad de la vida se encuentra en tensión con la piscina de agua sucia que fue usada entonces para torturar y asesinar prisioneros, mientras que la cuidada vegetación convive con restos de alambres de púas, como recordando que pese a la intención pacificadora el terror del pasado sigue proyectándose en el presente. Según Michel Lazzara, el Parque de la Paz

practica así una estética de “alisamiento” de las superficies duras del pasado, dando lugar a las contradicciones implícitas en el hecho de “embellecer” un lugar del horror.¹¹ Nelly Richard señala asimismo que el orden y la nitidez del parque no se corresponden con la dimensión de clausura que está llamado a evocar, puesto que una espacialidad abierta y limpia contrasta con la asfixia, el encierro y la oscuridad que padecían los prisioneros.¹²

El parque cuenta con un muro que contiene los nombres de los detenidos-desaparecidos y ejecutados políticos que pasaron por la Villa Grimaldi y una Sala de la Memoria, donde se recuerda la vida de algunos prisioneros a través de fotografías y objetos personales. La Corporación Parque por la Paz que tiene a cargo el lugar organiza visitas guiadas, homenajes y actos diversos con el fin declarado de trabajar la memoria desde ámbitos diversos como el arte, la educación, la reflexión y la conmemoración. Sin embargo, la coexistencia de estas distintas funciones no siempre resulta sencilla y el énfasis en el duelo y el testimonio personal de los allegados o los sobrevivientes no siempre deja lugar a un discurso más amplio sobre el respeto de los derechos humanos en una perspectiva cotidiana.¹³ ¿Cómo hacer coexistir la necesidad de homenaje individual de sobrevivientes o allegados directos con el trabajo pedagógico y de difusión al resto de la sociedad? ¿Y cómo conciliar el mensaje más bien universal y espiritual que acentúa la continuidad de la vida con la necesidad de informar acerca de los crímenes brutales cometidos allí y generar conciencia ciudadana sobre su significado? El proyecto actualmente en curso de agregar un espacio informativo o museo al Parque de la Paz y el impulso a la creación de un Museo de la Memoria de índole estatal por parte de la presidenta Michelle Bachelet abren nuevos

¹¹ Michael Lazzara, “Tres recorridos de Villa Grimaldi”, en E. Jelin y V. Langland (comps.), *Monumentos, memoriales y marcas territoriales*, *op. cit.*, 2003, pp. 127-146. Un efecto similar producirían las placas explicativas dispuestas en el suelo: se trata de mosaicos multicolores hechos con fragmentos de las baldosas de la casa principal, que poseen un significado adicional porque eran lo único que podían ver los prisioneros por debajo de las vendas que tapaban sus ojos. La delicadeza de estas placas, sin embargo, contrasta visiblemente con la realidad que evocan, creando una extraña confluencia de decoración y documentación de crímenes atroces. En tipografía semicursiva se leen inscripciones como ésta: “Casa Corvi. Celdas 1 x 1 metros, Lugar de aislamiento vendados y encadenados de pies y manos”.

¹² Nelly Richard, “Sitios de memoria...”, *op. cit.*

¹³ Loreto Lopez y Hugo Calderón, “Villa Grimaldi: ciclo histórico de la desaparición y reaparición de un centro de detención y tortura de la dictadura en Chile”, en vv.AA., *Memoria histórica y cultura de paz. Experiencias en América Latina*, Lima, InWEnt/DED, MIMDES, 200, pp. 55-62.

espacios para que la sociedad chilena continúe avanzando en la búsqueda de respuestas a esas preguntas.

La pluralidad de abordajes posibles, así como de intereses y discursos que operan alrededor de la memorialización de los sitios testimoniales se puso de manifiesto también en el caso de la ESMA luego de su recuperación para el uso civil. Durante el proceso de traspaso a la sociedad civil hubo organizaciones sociales que se negaron a usar el lugar para actividades públicas hasta tanto el personal de la Armada desocupara totalmente el predio (lo cual sucedió en varias etapas), mientras que otras mantuvieron una posición más moderada y admitieron cierto grado de “convivencia” con él. En cuanto a la concepción del memorial en sí, la discusión fundamental giró en torno a dos posiciones difíciles de conciliar: por un lado, la opinión de un grupo de sobrevivientes de que el lugar debía evocar exclusivamente su funcionamiento como centro de detención y tortura y reproducir “uno a uno” el aspecto que tenía entonces; por otro, la intención de varias organizaciones sociales de crear un memorial con un propósito más amplio que acogiera también el aspecto de transmisión e investigación así como otras actividades culturales. Ante la diversidad de posiciones divergentes en el interior del movimiento argentino de derechos humanos, la estrategia adoptada apunta menos a la construcción de un consenso que a un acuerdo de convivencia a través de la distribución de espacios.¹⁴ Sí se ha acordado que el edificio en el que estuvieron cautivos los prisioneros permanecerá vacío y será señalado sólo con carteles explicativos. En el resto del terreno y sus edificaciones, si bien se mantendrá la pluralidad y diversidad de enfoques que caracterizan una memoria viva, el rápido reparto entre sectores parece haber reemplazado a la búsqueda de consenso y la profundización del debate.

Mientras tanto, en la mayor parte de los casos el valor documental y testimonial de los lugares que fueron sede de crímenes atroces permanece a la espera aún de ser aprovechado para aportar a la investigación judicial y al establecimiento de la verdad histórica. Su potencial para ello queda demostrado en un caso como el del ex centro de detención conocido como “Club Atlético”, ubicado también sobre una avenida de gran tránsito de la capital argentina.¹⁵ Éste había funcionado en los sótanos de un edificio policial que fue

¹⁴ Ahí funcionarán, entre otros, una “casa de la identidad” de las Abuelas de Plaza de Mayo, el Archivo Nacional de la Memoria, el Centro Cultural Nuestros Hijos de Madres de Plaza de Mayo, un canal televisivo dependiente del Ministerio de Educación y un Instituto Internacional de Derechos Humanos patrocinado por la Unesco.

¹⁵ Este antiguo centro de detención y tortura funcionó sólo durante 1977 y se calcula que por él pasaron 1 500 víctimas del terrorismo de Estado.

demolido para dar lugar a la construcción de una autopista que pasaba por el terreno. Desde entonces los restos del centro de torturas quedaron literalmente enterrados bajo la autopista. El lugar fue recuperado por iniciativa de grupos de sobrevivientes, organismos de derechos humanos y vecinos. Finalmente, en 2002 el gobierno de la ciudad dio comienzo a los trabajos de excavación de las ruinas con el fin de hallar evidencia documental y testimonial y rescatar el valor del lugar. La clasificación minuciosa de los objetos hallados, unida a una cuidadosa interpretación en función de los testimonios disponibles, permitió reconstruir el funcionamiento represivo del lugar. Fragmentos de paredes de las celdas fueron tratados químicamente a fin de recomponer las escrituras de las paredes y dar lugar a una arqueología del sufrimiento que, además de revelar testimonios sepultados del dolor (se halló grabada la frase “Ayúdame Señor”), puede aportar evidencia sobre quienes –como víctimas o victimarios– pasaron por allí. La gran cantidad de lugares que contienen huellas invaluable de los crímenes y aún permanecen vedados al público informan sobre una cierta configuración de las relaciones de poder entre los actores implicados en esos crímenes, el Estado y la sociedad civil.

MONUMENTOS, MUSEOS, MEMORIALES

¿Por qué construir monumentos mientras existen lugares que son testimonio directo de los crímenes a recordar? En Alemania, durante la década de 1990, la decisión de construir un Memorial a los Judíos Asesinados de Europa en el centro de Berlín encontró fuertes objeciones debido a la aparente contradicción de erigir un gran monumento en lugar de incentivar la visita a los sitios que funcionaron como campos de concentración y exterminio cuya visita, en cambio, sería preferible fomentar.¹⁶ El ejemplo berlinés muestra, sin embargo, que unos y otros no siempre cumplen las mismas funciones ni tienen igual grado de accesibilidad. En América Latina, la opción de erigir lugares de conmemoración en otros sitios ofrece un modo alternativo de mantener activa la memoria y posibilitar el homenaje hasta tanto una coyuntura política favorable permita la recuperación de los sitios testimoniales.¹⁷

¹⁶ En el concurso artístico para elegir el diseño del memorial los artistas Renate Stih y Frieder Schnock presentaron una propuesta llamada “bus stop”: en lugar de un monumento se erigiría una parada de autobuses que condujeran hacia los ex campos de concentración y exterminio. Hay que recordar que la mayoría de los mismos se encuentra fuera del país, ya que el genocidio se perpetró en países ocupados por la Alemania nazi.

¹⁷ Fue lo que sucedió en Argentina bajo el gobierno de Carlos Menem, cuando organismos de derechos humanos impulsaron la creación en Buenos Aires de un Parque de la Memoria

La existencia de un lugar central del recuerdo que reúna a todos los nombres de los caídos resulta fundamental, tanto como reconocimiento público hacia las víctimas como para el homenaje individual de sus allegados. Al mismo tiempo los nombres –como marca ineludible de identidad– ayudan a restablecer la dignidad de las víctimas así como a dar una dimensión más humana a las cifras abstractas. Entre los debates que suelen acompañar la creación de monumentos, sin embargo, se encuentra precisamente el problema de cómo definir exactamente a quién recordar en él. La respuesta a esa pregunta no siempre es sencilla, puesto que en algunos casos no es posible reconstruir la lista completa de los muertos y en otros hay quienes desean establecer diferencias entre las víctimas (por ejemplo, entre desaparecidos y asesinados). Esta dificultad fue resuelta a través del recurso de dejar espacios vacíos para agregar nuevos nombres o enmendar informaciones, a medida que se avance en el conocimiento de la verdad histórica. Sin embargo, persisten paradojas cuando un formato tradicional como el “monumento”, con su connotación de verdad sellada e inapelable, es llamado a evocar un pasado que aún continúa siendo motivo de disputas políticas en el presente.

Tampoco es sencilla la discusión acerca de los medios y lenguajes adecuados del memorial: ¿son preferibles obras abstractas o figurativas?, ¿es suficiente un monumento conmemorativo o es necesario agregarle un centro de documentación o información que explique mejor qué se recuerda? El formato “monumento” en sí mismo, en tanto artefacto privilegiado de las visiones canónicas y estáticas de la nación, podría resultar poco pertinente a la hora de dar testimonio de episodios históricos cuya elaboración continúa estando viva en las sociedades afectadas. Al imponer una versión única de la historia, los monumentos podrían obturar en lugar de propiciar el acceso al pasado, y al formularse esa narración en forma rotunda y definitiva, coartar la posibilidad de promover un diálogo, interrogar activamente o formular nuevas interpretaciones futuras sobre lo ocurrido. A partir de la sospecha de que los monumentos tradicionales poseen una impronta autoritaria contraria al contenido que se quiere evocar, James Young advierte sobre la potencialidad de los llamados “anti-monumentos”: obras innovativas que tienden a incorporar el proceso de recordación en sí mismas y prefieren señalar en silencio antes que amonestar en voz alta, propiciar la reflexión antes que transmitir

como modo de fijar la memoria en el espacio ante los retrocesos en las políticas sobre el tema. Si bien no es un sitio histórico en sí mismo, el parque se encuentra en la costa de la ciudad junto al Río de la Plata, a cuyas aguas fueron arrojados numerosos prisioneros durante la dictadura, lo cual le confiere un valor simbólico y afectivo adicional.

certezas, menos proclamar unilateralmente la memoria que interrogar sobre sus condiciones de posibilidad.¹⁸

Un desafío adicional impuesto a la evocación de la historia latinoamericana reciente radica en las dificultades planteadas por la figura de la *desaparición*. Los familiares de desaparecidos carecen de una tumba donde honrar a sus seres queridos y desconocen fecha, lugar y circunstancias de su muerte, en tanto ésta no ha sido reconocida oficialmente por el Estado. Las prácticas de memoria desarrolladas para recordarlos expresan un impulso urgente por reafirmar su existencia, restaurando simbólicamente la presencia de los ausentes. Eso explica la importancia de las fotos en las acciones públicas de los familiares de desaparecidos: ínfima prueba de su existencia contra la gran incertidumbre, el lenguaje fotográfico es quizás el más adecuado para evocar –conjurar– la desaparición.¹⁹ Ante la dificultad de honrar a los desaparecidos debido a la ausencia de sepultura, los casos chileno y argentino muestran estrategias divergentes, aunque eficaces en sus contextos, de crear espacios de homenaje.

UN CEMENTERIO PARA LOS DEUDOS SIN TUMBA

En las memorias chilenas desaparecidos y asesinados políticos suelen recordarse en homenajes conjuntos, asociándose a las prácticas de duelo tradicionales y con una presencia destacada en los cementerios. Los múltiples mausoleos y memoriales en cementerios hablan de una necesidad de dar curso al duelo, aun ante la ausencia de cadáver, y dejan abierta la pregunta de hasta qué punto esas prácticas implican una “normalización” de la desaparición.

En el Cementerio General de Santiago un memorial recuerda a los más de tres mil asesinados y desaparecidos a manos de agentes de la dictadura chilena y opera como una memoria central a nivel nacional. La obra, erigida en 1994, contiene una inmensa lista con los nombres de los desaparecidos tallada en la piedra. Allí están enterrados cadáveres que fueron exhumados en fosas comunes y luego identificados como pertenecientes a víctimas de la represión, mientras que a ambos lados de la placa del memorial se dejó una serie de nichos vacíos destinados a ser llenados por los cuerpos de los desaparecidos que se encuentren e identifiquen en el futuro. Esa confluencia

¹⁸ James Young, *The texture of memory. Holocaust Memorials and Meaning*, New Haven, Londres, Yale University Press, 1993. Young se refiere a obras realizadas en el contexto de la memoria del Holocausto por artistas alemanes como Horst Hoheisel y Jochen Gertz.

¹⁹ Jean Louis Déotte, “El arte en la época de la desaparición”, *Revista de Crítica Cultural*, núm. 19, 1999, pp. 12-14.

de rituales tradicionales vinculados al culto a los muertos con aquellos desarrollados por los organismos humanitarios y de familiares de desaparecidos durante su lucha es uno de los rasgos que caracteriza a la memoria posdictatorial chilena: en el Día de Todos los Santos se mezclan las visitas regulares al cementerio con las manifestaciones para pedir justicia de las organizaciones de derechos humanos y los partidos de izquierda, que concluyen ante el memorial; la presencia de flores que acompaña cualquier tumba se suma a los retratos y carteles que reclaman por los desaparecidos.²⁰

La presencia de los nichos vacíos, sin embargo, impide asimilar a éstos con los muertos y llama la atención, como advierte Nelly Richard, que su número no coincide con la cantidad de ausentes sin identificar que anuncia el mismo memorial, como si de antemano se supiese que esos cuerpos no serán encontrados. Esa correspondencia hablaría, en cambio, de la necesidad de aliviar la pena y la incertidumbre, ofrecer cobijo a la muerte inverificable, “fijar arbitrariamente un *término* para que un simulacro de certeza compense el malestar de la inacabable muerte en suspenso de la desaparición”.²¹

La estética del monumento, cuyo simbolismo tiende a “esencializar lo humano”, propone además una universalización metafísica del dolor en torno a un arquetipo abstracto y no a la recuperación de la singularidad biográfica de los ausentes. El Cementerio General de Santiago es un lugar de memoria histórica fundamental para la identidad nacional chilena: éste alberga políticos y próceres de tendencias políticas opuestas en un ánimo reconciliador que reintegra a unos y otros en una narrativa nacional más amplia.²² En una sociedad altamente polarizada en su valoración de la dictadura pinochetista, la presencia del memorial a los desaparecidos (como de las tumbas de Salvador Allende y de opositores al régimen) operan restituyendo sus presencias al relato más general de la historia de la nación. Al diluir la tensión entre desaparecidos y muertos, entre tumba y memorial, esto ocurre sin embargo al precio de neutralizar los rasgos históricos específicos de las luchas y la represión de la década de 1970 chilena.

La diferencia entre muertos y desaparecidos dio lugar en cambio a duras disputas en el caso argentino. Los impulsores del Parque de la Memoria

²⁰ Además del Cementerio General de Santiago hay memoriales en cementerios de ciudades como Valdivia, Chacabuco, Liquiñe y Talca. Además de los cementerios y del Parque por la Paz Villa Grimaldi otros memoriales importantes en Chile son el del Paine y el de Lonquén.

²¹ Nelly Richard, “Sitios de memoria...”, *op. cit.*

²² Alexander Wilde, “Avenues of Memory: Santiago’s General Cemetery and Chile’s recent Political History”, *Acontracorriente. Una revista de historia social y literatura de América Latina*, vol. 5, núm. 3, 2008, pp. 134-169 [www.ncsu.edu/project/acontracorriente], consultado el 4 de enero de 2009.

—una experiencia exitosa de trabajo mixto entre organizaciones civiles y el Estado— destacaron desde el comienzo que la obra no reemplazaría los reclamos de verdad y justicia por los crímenes de la dictadura y que la figura del desaparecido debía mantener su condición irresuelta. También pidieron a los arquitectos que en el diseño del parque, una colina artificial atravesada por una grieta en forma de zig zag para el muro con los nombres, esa hendidura se asemejara a una “herida abierta” y no a una “cicatriz”. Además, decidieron que la lista de nombres discrimine entre “desaparecidos” y “asesinados” por el terrorismo de Estado a fin de mantener la especificidad de la desaparición y, al igual que en otros países, se dejaron espacios libres para agregar nuevos casos a medida que se conozcan más desapariciones.²³

Pese a este tratamiento alerta y diferenciado de la categoría desaparecido, el muro con los nombres fue duramente resistido por sectores del movimiento de derechos humanos que se oponen a cualquier tipo de simbolización e identificación individual de los desaparecidos. Algunas agrupaciones que nuclean a sobrevivientes y a hijos de desaparecidos creyeron que el monumento impediría el ejercicio de una memoria dinámica y activa. El sector más intransigente de las Madres de Plaza de Mayo se opone radicalmente a toda forma de homenaje que implique listas con nombres, placas o flores pues creen que equivaldrían a equiparar a un desaparecido con un muerto.²⁴ Creen en cambio que la memoria se ejerce recreando los ideales que animaron a la mayoría de los jóvenes “desaparecidos”, y en lugar de sitios fijos de memoria como monumentos, han fundado un café, un centro cultural y una universidad popular.

Estas cuestiones, aquí llevadas al extremo, muestran hasta qué punto el método represivo de la desaparición de personas difícilmente cabe en los formatos tradicionales de conmemoración. También en Uruguay los impulsores del monumento a los desaparecidos aclararon que el proyecto no sustituye la búsqueda de la verdad y la justicia ni pretende restituir la tumba imposible de los desaparecidos sino “ofrecer un testimonio profundo y silencioso de lo acontecido” y que no se trata de un “cementerio de alternativa” sino de una reparación simbólica en el espacio público.²⁵ Se trata de una obra sencilla y

²³ Para las dificultades técnicas y de interpretación histórica para confeccionar la lista véase Virginia Vecchioli, “Políticas de la memoria y formas de clasificación social. ¿Quiénes son las ‘víctimas del terrorismo de estado’ en la Argentina?”, en Bruno Groppo y Patricia Flier, *La imposibilidad del olvido. Recorridos de la memoria en Argentina, Chile y Uruguay*, La Plata, Ediciones Al Margen, 2002, pp. 83-102.

²⁴ Véase testimonio de Hebe de Bonafini en Juan Gelman y Mara La Madrid, *Ni el flaco perdón de Dios. Hijos de desaparecidos*, Buenos Aires, Planeta, 1997, pp. 53-64.

²⁵ Alberto Hein, “Descarnar la superficie... hasta llegar a la roca viva”, *Factor S*, núm. 1, año 1, Montevideo, 2001, pp. 8-11.

minimal cuya fuerza reside precisamente en la simpleza de sus elementos. Como en Argentina, surgió por el esfuerzo combinado de actores de la sociedad civil y del Estado a través de una comisión mixta.²⁶ Construido sobre un sitio de alto simbolismo como el cerro de Montevideo, fue diseñado con intención de aprovechar el carácter agreste del parque donde está ubicado y hacer dialogar a la obra con el paisaje: se trata de un cuadrado trazado en un claro del bosque sobre el cual se retiró la primer capa de terreno hasta llegar a la roca viva, dejada a la intemperie como símbolo de la verdad desnuda. Sobre ella, dos muros de vidrio con los nombres de los desaparecidos esmerilados penetran en la roca creando entre ellos un espacio de recogimiento en plena intemperie. Los nombres de los desaparecidos uruguayos parecen estar suspendidos sobre el paisaje evocando la condición abierta de los desaparecidos, mientras el cristal sugiere la fragilidad de la vida. El monumento se integra con la naturaleza a través de la roca que forma parte del monumento, pero interrumpe a la vez la continuidad del paisaje.²⁷ Parece advertir que, subterráneamente, y aunque haya lugares consagrados al recuerdo, la ciudad toda es de algún modo paisaje de memoria.

PAISAJES URBANOS CARGADOS DE MEMORIA

A diferencia de las guerras tradicionales, que dejan un saldo de ciudades destruidas y arrasadas, la represión política no deja heridas inmediatamente visibles en el paisaje urbano. Los crímenes del terrorismo de Estado o la represión clandestina, por su misma condición ilegal, tuvieron lugar en forma secreta en antros ocultos o tras los muros infranqueables de los cuarteles militares. Al mismo tiempo, las huellas del terror y el miedo suelen introyectarse en la población e investir de su connotación a objetos y edificios de uso corriente en la ciudad.

En Uruguay, donde la modalidad principal de la represión no fue la desaparición sino el encarcelamiento prolongado y la tortura de opositores políticos, no sorprende que uno de los espacios que fue objeto de mayor discusión haya sido precisamente el penal de Punta Carretas, una cárcel de

²⁶ Mariano Arana, "Ciudad y memoria", en Maren Viñar (comp.), *Memoria social. Fragmentaciones y responsabilidades*, Montevideo, Trilce, 2001, pp. 131-134.

²⁷ El proyecto de los arquitectos Rubén Otero y Martha Cohen recibió el primer premio de la Quinta Bienal de Arquitectura y Diseño de Sao Paulo y el primer premio de la Bienal Internacional de Quito [www.arcoweb.com.br/arquitetura/arquitetura425.asp], consultado el 4 de enero de 2009.

presos políticos que devino luego centro comercial.²⁸ Esta reconversión, según Hugo Achúgar, resultó funcional a un discurso de la restauración democrática que negaba que la dictadura uruguaya hubiera implicado una fractura fundamental en el imaginario nacional e imaginaba al país como una comunidad democrática sin mayores conflictos, “pacificado” y seguro, a diferencia de sus vecinos del Mercosur. El caso del penal-*shopping* sería así parte de un debate mayor relacionado con el proyecto de borrar la violencia del escenario público y normalizar el legado de la dictadura en Uruguay.²⁹

No han trascendido otras discusiones públicas acerca del uso diario de objetos connotados por el proyecto urbano de las dictaduras e impregnados de su impronta autoritaria, como en el caso argentino los estadios de fútbol remozados para el Mundial de Fútbol 1978 o las autopistas erigidas por la administración militar.³⁰ Éstos remiten a uno de los más complejos e incómodos aspectos de la confrontación con el pasado: el de la “normalidad” de la vida cotidiana en dictadura, e incluso la complicidad e indiferencia de ciertos sectores de la sociedad, cuestiones más difíciles de ser “representadas” por medios artísticos o memoriales convencionales. A fin de evitar que los sitios conmemorativos devengan meros “depósitos” de la memoria o “parques temáticos” que concentren la información sobre el pasado, mientras “absuelven” simbólicamente al resto de la ciudad, es preciso sin embargo prestar atención a la dimensión cotidiana, descentralizada de las memorias espaciales.

Los emprendimientos para inscribir el recuerdo a escala local tienen un papel fundamental a la hora de restablecer la memoria en el paisaje cotidiano de los ciudadanos y evitar su confinamiento a sitios y ocasiones acotados. En ese sentido operan también las iniciativas para cambiar el nombre a lugares connotados por el pasado, como el Estadio Chile que pasó a llamarse Estadio Víctor Jara en homenaje al cantautor asesinado por la dictadura que estuvo detenido ahí, o en Buenos Aires, la plaza dedicada al escritor desaparecido Rodolfo Walsh, la escuela llamada Claudia Fontán por una desaparecida y la calle nombrada Azucena Villaflor (pionera de las Madres de Plaza de Mayo,

²⁸ El penal de Punta Carretas había servido de cárcel durante 80 años y poseía una antigua historia vinculada a la represión y la resistencia políticas: de allí se escapó un grupo de anarquistas presos en 1921 y tuvo lugar en 1971 una célebre fuga de más de cien prisioneros tupamaros.

²⁹ Hugo Achúgar, “Territorios y memorias *versus* lógicas del mercado. A propósito de cartografías y *shopping malls*”, en *Planetas sin boca. Escritos efímeros sobre arte, cultura y literatura*, Montevideo, Trilce, 2004, pp. 215-228.

³⁰ Del modo en que se ha debatido, por ejemplo, en Berlín respecto de obras asociadas al régimen nazi como el aeropuerto de Tempelhof, el estadio olímpico y el ex Ministerio de Aviación.

desaparecida luego ella misma): gestos pequeños pero efectivos de incorporación de la memoria al tejido urbano.

En Brasil, donde la represión dictatorial adoptó una forma menos encarnizada que en sus vecinos del cono sur, desplegándose capilarmente en la sociedad, el número total de desaparecidos y muertos es significativamente más bajo en comparación. Allí la represión se manifestó en una dimensión más cotidiana y, si bien se conocen las divisiones policiales o militares donde se detuvo y torturó a prisioneros políticos, ninguna adquirió el sentido emblemático que tuvieron el Estadio Nacional en Chile o la ESMA en Buenos Aires. Puesto que la represión no fue tan visible y virulenta como en esos países, su memoria espacial carece de sitios vinculados materialmente a ella donde fijar la memoria. Los recuerdos del pasado reciente brasilero no se articulan por tanto en torno a los lugares concretos de la represión, sino que funden la memoria de la dictadura con la de las luchas y las resistencias políticas de la década de 1960. Los objetos y lugares que albergaron esas experiencias han sido recuperados en la memoria colectiva menos por la represión en sí misma que por la historia anterior que la dictadura quiso eliminar. En esa lectura posterior de rescate y revaloración de experiencias políticas, los edificios adquieren un valor adicional como referentes estables que aportan continuidad a una historia interrumpida, como argumenta Victoria Langland en relación con el edificio de la União Nacional dos Estudiantes en Río de Janeiro.³¹ Los artistas alemanes Horst Hoheisel y Andreas Knitz destacaron con una acción sobre la calle Maria Antonia de São Paulo la memoria del activismo político estudiantil y la resistencia a la dictadura asociada a ella.³² A través de iniciativas como ésta, ancladas a objetos concretos, las historias contenidas en los edificios pueden ser recuperadas y relatadas.

MEMORIAS EN MOVIMIENTO

La marcación de lugares para la memoria no siempre surge con intención definitiva sino que puede ser el resultado de prácticas efímeras. También una

³¹ Victoria Langland, "La casa de la memoria en Praia de Flamengo 132: memorias estudiantiles y nacionales en Brasil, 1964-1980", en E. Jelin y V. Langland (comps.), *Monumentos, memoriales y marcas territoriales*, op. cit., pp. 57-95.

³² La experiencia fue documentada en VV.AA., *Die Seele der Gebäude/A alma dos edificios/The soul of the Buildings*, Sao Paulo, Instituto Goethe/USP. Para una historia de la calle Maria Antonia véase Irene de Arruda Ribeiro Cardoso, "Maria Antonia. A interrogacao sobre um lugar a partir da dor", *Tempo Social*, núm. 8, año 2, 1996, pp. 1-10; Maria Cecilia Loschiavo dos Santos, *Maria Antonia: uma rua na contramão*, São Paulo, Studio Nobel, 1998.

manifestación o un acto en homenaje a las víctimas es una intervención que inscribe en la ciudad, por un cierto lapso de tiempo, la memoria. En estas prácticas, que pueden llamarse “performativas”, el recuerdo no se materializa mediante la consagración de memoriales o la construcción de museos, sino que se realiza en las prácticas mismas de los actores sociales.³³ Estas prácticas suponen modos alternativos de apropiación física y/o simbólica del espacio público y a menudo implican una renovación de los lenguajes estéticos y políticos. Allí la memoria es menos un relato apoyado en soportes diversos que un compromiso del cuerpo y un modo alerta de la conciencia; no un contenido a ser transmitido sino un acontecimiento colectivo.³⁴ Son prácticas que no evocan sino que realizan, o son, ellas mismas la memoria. Como se sostienen en la participación colectiva, existen sólo en tanto existen individuos que las portan.

Es ineludible ver a las Madres de Plaza de Mayo como fuente de inspiración para estas prácticas. Convertidas ellas mismas en soportes físicos de la memoria, transformaron la búsqueda de sus hijos en un modo de hacer visible la ausencia de los desaparecidos en el centro de Buenos Aires. Apoyada en una rotunda apropiación física y simbólica del espacio urbano, su acción sería el ejemplo más notable de gestión performativa del recuerdo y sus marchas una poderosa y eficaz “puesta en escena” de la memoria en el ámbito público.³⁵

³³ Según Diana Taylor la noción de *performance* supone “lo restaurado, lo reiterado, *un repertorio reiterado de conductas repetidas*”. Como el trauma, la *performance* regresa y se manifiesta corporalmente mucho después del evento original. Se trata siempre de una experiencia en el presente y opera como transmisor de la memoria al mismo tiempo que como su re-escenificación (Diana Taylor, “El espectáculo de la memoria: trauma, performance y política”, *El despertador*, revista digital [<http://site123.mysite4now.com/alvaro/despierata/text-desper/memoperform.html>], consultado el 4 de enero de 2009).

³⁴ Para un análisis de las prácticas artísticas vinculadas al movimiento argentino de derechos humanos en términos de acontecimiento véase Inés Gonzalez Bombal, “Derechos humanos: la fuerza del acontecimiento”, en VV.AA, *Discurso político. Lenguajes y acontecimientos*, Buenos Aires, Hachette, 1987, pp. 145-166.

³⁵ Diana Taylor, *Disappearing Acts. Spectacles of Gender and Nationalism in Argentina's Dirty War*, Durham, Duke University Press, 1997. Sin embargo, los elementos que acompañan y distinguen la acción de las Madres –la regularidad semanal, los pañuelos blancos, la caminata alrededor de la pirámide central de la plaza– no deben entenderse como el fruto de estrategias calculadas de comunicación política o de un montaje escénico deliberado, sino como producto de las necesidades concretas y urgentes de la práctica. Su presencia misma en la Plaza de Mayo, frente a la casa de gobierno, tuvo su origen en la negativa de los militares a recibirlas; las rondas alrededor de la pirámide sugieron como respuesta a las órdenes de la policía de que “circulen” y los pañuelos blancos fueron adoptados como solución al dilema de cómo identificarse entre sí en la multitud durante una peregrinación religiosa. Que plaza,

El mismo origen espontáneo, engendrado en la práctica, corresponde a otras prácticas y recursos desarrollados alrededor de la protesta de familiares y allegados en respuesta a la dificultad de brindar un referente material, una inscripción simbólica a los desaparecidos. La convocatoria “Dele una mano a los desaparecidos”, con sus cadenas de manos cruzando una avenida porteña o las máscaras blancas que se portaban en las manifestaciones chilenas por los desaparecidos expresan la voluntad de restituir simbólicamente su presencia mediante la propia acción. Durante la experiencia conocida como *El Siluetazo*, realizada alrededor de la plaza central de Buenos Aires en 1983, la acción colectiva dio lugar a un fuerte gesto de visibilización pública de los desaparecidos mediante un modo novedoso de inscripción en el espacio urbano. La acción consistió en la producción de siluetas a escala natural pintadas sobre papel y luego pegadas de pie sobre paredes, monumentos y árboles, como forma de representar “la presencia de la ausencia” de miles de desaparecidos. Esta ocupación o toma de la céntrica Plaza de Mayo y sus inmediaciones fue impulsada por artistas y organismos de derechos humanos logrando una dinámica de creación colectiva y participativa, a mitad de camino entre lo individual y lo social, entre el arte y la política.³⁶

En la última década, el “escrache” y la “funa”, como se llama respectivamente en Argentina y en Chile a las manifestaciones para denunciar la presencia en el barrio de ex represores, representan otro modo de inscribir el recuerdo en el espacio urbano sin adherirlo a lugares fijos sino a un compromiso activo con la denuncia. La intención de estas prácticas es transformar el espacio físico de tránsito cotidiano en lugares cargados de significado para la memoria, interpelando a los transeúntes a la reflexión y participación. En el caso de los “escraches” la incorporación de elementos circenses y artísticos a sus manifestaciones supuso una interesante síntesis entre las prácticas “heredadas” de la lucha del movimiento argentino de derechos humanos y elementos propios de la cultura juvenil. El colectivo artístico Grupo de Arte Callejero, que acompaña estas manifestaciones, ha diseñado también sistemas de señalización callejera que, remedando las señales de tránsito, indican en cambio los domicilios de los ex represores o la ubicación de ex centros clandestinos de detención.³⁷ También elaboraron mapas de la ciudad que incorporan esa red

ronda y pañuelo se hayan convertido más tarde en símbolos poderosos de la vida política argentina no se debe a una intencionalidad previa sino que es fruto de una construcción social paulatina a lo largo de varias décadas.

³⁶ Ana Longoni y Gustavo Bruzzone (comps.), *El Siluetazo*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo Editora, 2008.

³⁷ Para la actividad del Gac véase [<http://gacgrupo.tripod.com.ar/>], consulta el 4 de enero de 2009.

de lugares represivos, llamando la atención sobre su presencia no en forma museística sino integrada al recorrido cotidiano del peatón.

¿HACIA UN LENGUAJE LATINOAMERICANO DE LA MEMORIA?

Cuando se lo invitó a contribuir con una obra suya al Parque de la Memoria, en Argentina, el artista polaco-francés Christian Boltanski declinó participar argumentando que los monumentos estables son inadecuados a la larga para mantener viva la memoria y que en Europa ya nadie percibe los memoriales por los muertos de las guerras mundiales. Boltanski sugirió en cambio publicar avisos regularmente en los periódicos recordando a los desaparecidos, ignorando que esto había venido haciéndose en Argentina ya desde 1987 en el diario *Página/12*. Horst Hoheisel, un artista asociado a la tendencia “anti-monumento”, también ha opinado que el mejor monumento a los desaparecidos argentinos ya existe, y son esos avisos de diario. En este caso no se trata de marcaciones en el espacio urbano sino que es la prensa –ese otro “espacio público” clave de la modernidad– la que cobija cotidianamente la memoria y le brinda, junto al flujo de noticias, una curiosa actualidad.³⁸ Curiosamente, dos artistas europeos que han trabajado a la memoria de la Shoa aludían a una práctica latinoamericana surgida no con intención artística sino como fruto de la necesidad espontánea de homenaje.³⁹

En los últimos años, el contexto de la globalización ha dado lugar a lo que algunos autores consideran una proliferación cosmopolita, universalizante de los discursos de la memoria. Según ese diagnóstico, en esos discursos el Holocausto actúa como un tropo susceptible de ser aplicado a contextos políticos y nacionales diversos o incluso como referencia en una cultura cosmopolita, globalizada, de la memoria que reconoce referentes universales.⁴⁰ Los lenguajes y las acciones mencionadas acá pueden ofrecer elementos para una posible respuesta a ese argumento desde la especificidad de la experiencia histórica latinoamericana. Tanto la plausibilidad de una supuesta globalización de los discursos de la memoria en términos de la experiencia europea del siglo XX

³⁸ Véase Estela Schindel, “Tumbas de papel”, *Cbasqui*, núm. 27, Ciespal, Quito, 1997, pp. 68-72.

³⁹ Para la crónica del encuentro con Boltanski véase revista *Ramona*, núms. 19-20, pp. 79-80. La opinión de Hoheisel me fue referida en una conversación de enero de 2002.

⁴⁰ Andreas Huyssen, *En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de globalización*, México, Fondo de Cultura Económica, 2002; Daniel Levy y Natan Sznajder, *The Holocaust and Memory in the Global Age*, Philadelphia, Temple University Press, 2005.

como los llamados a revisar las nociones tradicionales de memorialización pueden leerse y contestarse en función de estas prácticas.

Si los monumentos poseen un carácter rotundo, categórico, casi autoritario, y por eso paradójico cuando se los propone como señales contra regímenes que ostentaron esos mismos rasgos, se explica que surjan formas de memoria alternativas que ponen en cuestión el acto mismo y el modo de recordar. Mientras que en el caso europeo se desarrollaron lenguajes expresivos alternativos a fin de dar cuenta de una memoria inaprensible según los formatos tradicionales, cabe destacar también las respuestas que se han dado los países del sur de América Latina para su propia memoria de la represión.

La creación de monumentos “abiertos”, dispuestos a la re-escritura, corrección y añadido futuros, así como la aparición de elementos recordatorios específicos de las desapariciones, son recursos imaginativos y renovadores desarrollados por el movimiento latinoamericano de derechos humanos. Los modos performativos, activos, de recordar señalando y resignificando los sitios de memoria difícil, implican a su vez formas originales de instalar la memoria en el espacio público que se han dado algunas sociedades latinoamericanas renovando con ellos también su cultura política. Se trata de prácticas impregnadas de la gestualidad de la protesta y su resultado se sustrae a una diferenciación tajante entre obra y acción. Mientras en la actualidad se discuten otros modos de inscribir el recuerdo de la dictadura en el espacio urbano, que lo fijan en soportes duraderos y establezcan narraciones definitivas sobre el pasado, estos otros modos dinámicos, activos, performativos de intervención les contraponen un legado de creatividad espontánea y apropiación participativa del espacio público. En ellos se manifiestan las tensiones y los conflictos que provocan las distintas interpretaciones del pasado en el presente y se extienden las disputas por una versión hegemónica de la historia al plano espacial. Pues aunque los contenidos del recuerdo pertenecen al pasado, las diferentes versiones de la memoria hablan de las necesidades y valoraciones políticas del hoy y dejan ver cuánto pasado contiene aún nuestro presente.